

Duplicado

6

PANEGIRICO
DE LA INMORTAL

SANTA TERESA DE JESÚS

PREDICADO

AL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

DE

GRANADA

POR EL

Dr. D. F. BERMUDEZ DE CAÑAS

GRANADA

IMP. DE D. INDALECIO VENTURA

1872

112302050..

PANEGÍRICO
DE LA
INMORTAL S^{TA}. TERESA DE JESÚS

PREDICADO

AL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

DE LA

CIUDAD DE GRANADA

POR EL

DR. D. FRANCISCO BERMUDEZ DE CAÑAS

CANÓNIGO DEL SACRO-MONTE

Impreso á expensas y por acuerdo de dicha Corporación.
Con las licencias necesarias



GRANADA

IMPRESA DE D. INDALECIO VENTURA

1872

PANFOLIO

DE

LA SAGRADA ESCRITURA DE JESUS

DE

EL SEÑOR JESUS CRISTO

DE LA SAGRADA

ESCRITURA DE JESUS

DE LA SAGRADA

DE LA SAGRADA

DE

AL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS
*de Granada, en testimonio de la res-
petuosa gratitud de*

S. A. S. S.

FRANCISCO BERMUDEZ

DE CÁDIZ.

VI. ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS

de la Universidad de San Carlos de Guatemala

Guatemala, D. R.

1900

Fecerunt itaque civitates duas amores
duo; terrenam scilicet amor sui usque ad
contemptum Dei, caelestem verò amor Dei
usque ad contemptum sui.

Div. Augustini de civitate Dei,
lib. 14, n.º 8.

ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS:

LA soberbia con que Luzbel gritó, «*conscendam similis ero Altissimo,*» me elevaré, asentaré mi trono frente al solio de Dios, quedó castigada no descubriendo en su derredor, despues de ese acto de orgullo, otro ámbito que las tenebrosas mazmórras infernales; pero su grito satánico, prolongándose de generacion en generacion en todas las edades, ha sido el gérmen funesto, el lema fatídico que, escrito en su lábaro de muerte, ha arrasrado en su seguimiento y aprisionado con la ominosa cadena del error, numerosas almas, en quienes los vientos de inmundas y sensuales pasiones secaron la semilla de virtud que depositó en ellas el Hacedor que las sacó de la nada.

Desde el Paraiso, donde esclavo del ángel infernal el hombre rasgó con lúbrica mano la vestidura cándida de su inocencia, mereciendo que Dios le arrojase en la desnudez de su ingratitud sobre la haz de la tierra, hasta el año cuatro mil del mundo, la historia de la humanidad, escrita toda con sangre, es la historia de las adoraciones y de los inciensos que quemó en los altares y templos de satanás la prostituida inteligencia del hombre. Y cuando el Verbo de Dios descendió á la tierra, para restaurar todas las cosas visibles é invisibles; cuando tuvieron cumplimiento los vaticinios y creencias del pueblo



Israelítico, y el Dios pacificador, Jesucristo, unió en su persona divina la humana naturaleza, elevándola á tan inconmensurable altura; cuando ese Dios hombre, trastornando los polos sobre que giraba la vida intelectual, moral y social de los pueblos, realizó esa reascension misteriosa de todos los corazones y de todos los espíritus hácia el centro de la caridad infinita; no obstante que el ángel caído vió roto su cetro y su corona, no ha cesado ni cesa en su eterna lucha contra la verdad; y asalariando todos los falsos sistemas de ciencia, de religion y de política, que pululan en nuestras modernas sociedades, sonríe sarcástico, soñando que un nuevo paganismo, más vergonzoso que el de Grecia y Roma, llegue en días no lejanos á enseñorearse del mundo. Terrible es la lucha que presencia la generacion del siglo XIX; vientos de exageradas ambiciones han pasado sobre nuestras almas; las ideas de progreso, de libertad, de asociacion comun, de fraternidad, de liquidacion social; los sistemas más autoritativos y las legislaciones más expansivas; el hielo de un indiferentismo egoista, y el ardor vehemente del proselitismo; los principios, en suma, más heterogéneos, y á veces contradictorios, se agitan y hierven en medio de los pueblos, como los elementos de la materia caótica antes que la Omnipotencia, dándoles forma, crease esa inmensa y variada riqueza que guarda el Universo.

¿Cuál es la causa de situacion tan anormal y angustiosa? ¿Por qué siendo natural al hombre el camino de la perfeccion, se aleja cada vez más del objeto adecuado de sus facultades, y en oposicion consigo mismo, trabaja sin descanso para destruir el mundo de lo sobrenatural, de lo inmutable?

¿Cuál será el término de ese combate que desde los tiempos más remotos hasta nuestros días se viene librando en medio de los pueblos? ¿Cuál será el éxito y destino de los combatientes? Señores: la Religion Católica, hija del cielo, guarda en los tesoros de su inspirada ciencia soluciones é incógnitas que despejan esos profundos problemas, cuya grandeza abisma y desconcierta á la humana razon. Yo creo poderos ofrecer hoy á la

luz de su soberana doctrina, una respuesta viviente, una solución práctica á las interesantes cuestiones que en tan alto grado afectan la ciencia, la religion y la sociedad.

La ilustre heroína á quien se consagran estos solemnes cultos, gloria de la ciudad Abulense, prez y honor de la Católica España, la solitaria paloma del Carmelo, Teresa de Jesús; hed ahí una figura colosal, grandiosa, que se destaca en el lienzo de la historia, y en el período décimo sexto de la edad cristiana, y en su vida, en su caridad, en su ascetismo, en sus virtudes, en su accion reformadora, en su incesante lucha contra el desbordado oleaje del protestantismo, y en los innumerables triunfos con que mira coronados sus afanes, ofrece á la sociedad contemporánea la profunda filosofía, la enseñanza incontrastable, de que jamás el hombre logrará realizar sus halagados ensueños de civilizacion y progreso, si no rechaza esa bandera de muerte levantada por las doctrinas racionalistas, cuyo lema es, «*el hombre por el hombre y para el hombre.*» y se acoge al estandarte de la Fe Católica, donde con fuego de amor santo, se mira escrito «*el hombre por Dios y para Dios.*»

Á vuestra ilustración no se oculta ya el pensamiento que intento desenvolver, panegirizando las glorias de vuestra insigne tutelar y patrona.

Hoy, que cual nunca se encuentran deslindados los campos racionalista y católico; hoy, en que despues de tres siglos de estéril proselitismo, la secta protestante embraza de nuevo el escudo de su libre exámen, y asesta sus dardos al corazon de nuestra Patria, cuyos valuartes de mayor fortaleza y gloria formáronse, como con labradas piedras, con los corazones creyentes de nuestros padres; justo es que la Religion, que no ha temido jamás la luz de la publicidad y la discusion, busque al protestantismo en sus primeros atrincheramientos; que le sorprenda y estudie en su cuna; que parangone sus héroes, su enseñanza, su historia, su accion social con la de los héroes cristianos; así podremos aprender (y es mi proposicion):

QUE LA RAZON, ayudada y conducida de la Fe, marcha con pa-

so de gigante en el camino de la perfeccion social y moral; mas abandonada á sus propias fuerzas, busca en último término, como sepulcro que oculte su ignominia, la fosa de un denigrante panteísmo.

Tal es, señores, la luminosa faz bajo la que intento en este año estudiar la vida de la inmortal Teresa de Jesús.

Para realizarlo cual reclama el honroso cargo que habeis confiado á mi limitada capacidad, imploramos las luces de la gracia por la intercesion de la que es Madre de la increada sabiduría, saludándola con filial ternura al decirle *Ave María*.—
Tema ut supra.

Señores: el inmortal obispo de Hispona, el incomparable Agustino, ha sintetizado en breves frases y con profunda filosofía esa ley histórica universal, por la que descubrimos en todas las épocas dos falanges enemigas en que se divide la estirpe humana; oid su doctrina sublime.

Dos amores han edificado á dos ciudades, á saber: el amor de los hombres á Dios, amor llevado hasta el punto de despreciarse á si mismos, ese ha edificado la ciudad del Cielo; por el contrario el amor de si mismos que llega hasta despreciar á Dios, ha levantado la ciudad terrena.

La ciudad de Dios está en el Cielo, si bien engendra aquí bajo ciudadanos, miembros suyos desterrados hasta el advenimiento de su reino, hasta el día en que, despues de la resurreccion de los cuerpos, entren reunidos en posesion de la patria prometida, para triunfar eternamente con el Señor de los siglos. Ellos, son los hijos de la gracia, los herederos de la paz eterna, donde ya no impera el amor de la voluntad propia, sino la union en el gozo comun del bien inmutable; la union que de muchos corazones hace uno solo; la union perfecta de la caridad en la obediencia.

La ciudad terrena, que no durará siempre porque será destruida en el día de las venganzas divinas, tiene aquí bajo todo su bien, cuya posesion le presta cuanta alegría es capaz de producir semejante bien. Mas como su naturaleza no es de tal

condicion que pueda ser poseido sin limites de los que le aman, acaece de ordinario dividirse la ciudad terrena contra si misma, con cuestiones, luchas sangrientas y victorias homicidas ó percederas; porque cualquiera que sea la parte de si misma que se levante contra la otra, mientras anhela por salir vencedora de las gentes, queda siempre esclava de los vicios. La ciudad terrena se glorifica á si misma; la ciudad celestial busca su mayor gloria en Dios, que es testigo de su conciencia; aquella, exaltándose á si propia, va con la cabeza erguida; esta dice á su Dios: «*Tú, Señor, eres mi gloria y el que me hace levantar la cabeza.*» Los príncipes de la ciudad terrena, dominan para subyugar con despotismo; en la celestial los poderes son padres cariñosos, los súbditos hijos obedientes; los sábios de la ciudad terrena viven segun el hombre, y ensoberbecidos devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazon lleno de tinieblas; y mientras se jactaban de sábios, pararon en ser unos necios, hasta trasferir el honor de lo incorruptible é inmortal debido solo á Dios, á la vil hechura de sus manos, sirviendo más á la criatura que al Criador; mas en el seno de la ciudad divina la única sabiduría del hombre es la piedad con que se rinde culto al Señor, esperando como premio en la sociedad de los Santos así ángeles como hombres, que en todas las cosas todo sea de Dios. La ciudad celeste fué significada en Sara, la mujer libre de Abraham; la ciudad terrena fué sombreada en Agar, la esclava del Patriarca; por eso los moradores de la ciudad divina, los hijos de la promesa figurados en Isaac, somos libres con la libertad que nos ha conquistado Jesucristo, mientras Israel y los suyos comen en el desierto, amasado con lágrimas, el pan de la esclavitud. La ciudad celeste es la patria del progreso, porque es la cuna de la verdad y del bien; en la ciudad terrena se forjan todas las cadenas de errores y vicios que aprisionan el espíritu; por las calles de la ciudad terrena vaga cual espectro la sombra del fraticida Cain; en la celeste se levanta pura la imágen del justo Abel; de la ciudad terrena brotaron las tiranias delirantes, los orgullos incalificables, los odios con-

tra la verdad; ella fué la cuna de Nenrod, Atila, Tamerlan, Neron, Caligula, Juliano, Arrio, Nestorio y Lutero viva y acabada personificacion de la soberbia humana. La ciudad celeste es el paraíso de delicias en que exhaló el aroma virginal de su alma Teresa de Jesús, dulce y encantadora expresion de la virtud cristiana, del amor divino, corriente poderosa que da al espiritu alas de ángel para atravesar el camino de la perfeccion, hasta unirse en abrazo misterioso con Dios, término de todas las aspiraciones que abrasan y consumen nuestra existencia.

¡Cuán consoladora es la doctrina de San Agustin, que acabo de establecer! Si la luz poderosa que irradia, no fuese bastante para llevar á la inteligencia de los espíritus fuertes de nuestro siglo el convencimiento de la verdad que vengo demostrando, ese astro brillante y hermoso que aparece en el horizonte de la Iglesia en el año 1515, la ilustre descendiente de D. Alfonso de Cepeda y de D.^a Beatriz Ahumada, Teresa de Jesús, fuera suficiente por sí sola para demostrarnos á qué altura de perfeccion intelectual y moral se eleva el alma, que negándose á sí misma se deja conducir humildemente por las corrientes de la gracia, hácia la Jerusalem Santa, donde brota el rio del Amor Divino, y el árbol de la vida produce frutos para todas las estaciones, y donde las inteligencias son embriagadas con los torrentes de celestiales placeres que les ofrece el inmaculado Cordero. Estudiémosla, señores, primero en el orden moral, siguiendo las confesiones que trazó su propia mano al escribirnos su vida. En su tierna inteligencia se había depositado, como el germen fecundo de grandes acciones, aquella sencilla frase del evangelio: *«Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial;»* y cuando su alma despide apenas los primeros albores de la razon, ya su corazon abrasado en el fuego del amor divino anhela inmolar-se á su Dios, y acaricia y busca la gloria del martirio, que es el heroismo de la Religion. ¡ Con qué sencillez y con qué humildad nos refiere la Santa, cómo, efecto de las malas compañías, llegó á nublarse y casi oscurecerse ese sentimiento y deseo que hacia

latir con tanta vehemencia las fibras más delicadas de su corazón!

Pero bien pronto el sol de la gracia brilló con toda su eficacia, y Teresa de Jesús, abandonando para siempre el mundo y cuanto el mundo ama, buscó como solitaria tórtola un asilo seguro á su alma en el convento de la Encarnacion de Ávila. ¡Qué hermosa aparece Teresa de Jesús, dice un orador sagrado (1), en su primer holocausto! como una victima que debia inmolarse incesantemente y sin reserva á su celestial esposo, cree no poderle amar sino sacrificándose toda entera con la más austera y rigurosa penitencia. Asi consuma su sacrificio con una pobreza admirable, con una obediencia y humildad profundas, con una mortificacion extraordinaria, con una oracion constante y fervorosa, creciendo sus gracias y sus virtudes en las amargas aguas de la tribulacion, fecundadas al calor de aquel volcan sagrado que encerraba su pecho, y cuyas ardientes llamas, no pudiendo reconcentrarse en sus senos, incendiaban al parecer la estancia donde su alma se elevaba á Dios en prodigiosos éxtasis, mereciendo que un serafin traspasase su corazón con un dardo de fuego, hasta hacerle decir con la Esposa de los Cánticos: *«Sostenedme con flores, cercadme de olorosas manzanas, porque desfallezco de amor.»*

No en vano exclama en un amoroso deliquio: «Esposo mio, ó limitad vuestros favores ó ensanchad mi corazón; vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero:» su alma, señores, libaba ya en el corazón de su amado, cuanto es posible á una criatura viadora las inefables delicias de la vision beatifica. Quizá nuestro siglo, enemigo encarnizado de lo sobrenatural, sonria sarcástico ante la sola enunciacion de las revelaciones, raptos de amor, y comunicaciones frecuentes con el amado, que experimentó Teresa de Jesús; pero ante la autoridad del elocuente Fray Luis de Leon y la ingé-

(1) Lopez, Homilias.



nua franqueza del Dominicano Padre Bañez, que nos refieren la elevacion de su alma, despues de oir al venerable apóstol de la Andalucía Juan de Ávila decir: «*Parece increíble abajarse una majestad infinita á comunicacion tan amorosa, con una su criatura; pero escrito está que Dios es amor, y si amor es amor y bondad infinitas; y de tal amor y bondad infinita no hay que maravillarse que haga tales excesos de amor que turben á los que no le conocen;*» despues de esos brillantes testimonios de la piedad y de la ciencia, enmudezca la orgullosa razon humana, y no ose penetrar los misteriosos senderos velados á su mirada miope, ó más bien, póstrase humilde y adore las incomprendibles misericordias del Señor.

La virtud para ser verdadera debe ser práctica, eficaz, generosa, no debe encontrar valladar que no supere, ni abismo que no salve para incendiar el Universo con el fuego de la caridad divina; por eso Teresa de Jesús, llena de aquel espíritu que descendió sobre Eliseo en las riberas del Jordan, quiere comunicar sus sentimientos, sus ideas, su abrasado celo á toda la religion Carmelitana; y acomete en medio de terribles persecuciones, levantadas por el orgullo, la envidia, la ignorancia, la estupidez y la corrupcion, la atrevida empresa de reformar la religion del Carmelo. Nada le detiene, nada le arredra; cual la esposa de los Cantares pareceme oirla decir: «*Me levantaré con la aurora é iré á la viña de mi amado para ver si ha florecido, y si las flores producen frutos, y si las granadas están en flor;*» y como si los ecos de los montes y los valles y la voz de las ciudades quisieran responder á su amoroso anhelo, Valladolid, Toledo, Medina del Campo, Pastrana, Salamanca, Beas, Segovia, Sevilla, Burgos y Granada entonan un himno de gratitud y dicen: nosotros somos eternos monumentos de tu caridad reformadora; de nuestro seno brotó la virtud y la ciencia que empujó con segura mano la sociedad en la via de su perfeccionamiento; en nuestra vida y en nuestras costumbres, en nuestra enseñanza y en nuestro ejemplo debe aprender la razon humana, que solo le es dado vestirse con el ropaje de reina y osten-

tar todas las galas de su hermosura, cuando sencilla moradora de la ciudad celeste busca, como Teresa de Jesús, la luz de la Fe que guie su vacilante paso en el camino de la perfección moral.

Señores: En medio de tan multiplicadas vigiliás, de tan penosos ejercicios, de tantas contrariedades, Teresa brilla en la república de las letras, enseñoreándose de las ciencias y de la bella literatura, como el águila que, abandonando la pesada atmósfera de nuestro planeta, se cierne majestuosa en la altura de las nubes. Yo no me detengo á examinar sus multiplicadas obras, joyas de inestimable valor, que le merecen el honroso título de Doctora mística en las escuelas católicas; hice de ellas un breve análisis, la última vez que me honrásteis, llamándome á este sagrado sitio. Solo os diré, con un apologista célebre, de su grandeza, que Teresa de Jesús se ostenta sin igual en nuestra historia literaria; y que al escribir rompe los lazos que la sujetan al cuerpo, y nos eleva directamente á Dios, trasladándonos de improviso á una mansion donde brilla otra luz, donde rigen otras leyes, donde se trasforman y depuran la caridad, el conocimiento, el amor y nuestros mas nobles y generosos sentimientos; era, señores, Teresa, un abrasado serafín, que, recorriendo la escala del amor divino, más bella que la que Jacob contempló en Betel, bebía en el corazón de su amado la profunda filosofía y la encumbrada ciencia ascética con que realizó tan maravillosa trasformación en su siglo.

Y toda esa virtud se aquilata y sube de mérito recordando la atmósfera en que agitó su vida esa heroína, y las terribles convulsiones que trastornaban la sociedad, mientras ella trabajaba asidua para aumentar la gloria y el esplendor de la ciudad divina, de la católica Iglesia.

¿Habéis acaso olvidado que Teresa de Jesús vivió en el siglo XVI?

Y mientras recordábais ese periodo glorioso de nuestra historia, donde brotaron como pléyade de esclarecidos varones Julio II, Leon X, Clemente VII y Paulo III, Ignacio de Loyola y

Francisco de Sales, Luis Gonzaga y Fray Luis de Granada; cuando contemplábais pasar delante de la vista, como ejército que rinde vasallaje al elemento católico, figuras tan eminentes como Tomás de Villanueva, Luis Beltran y Cárlos Borromeo, Pedro Alcántara, Juan de la Cruz, el P. Orozco y el Venerable Ávila; Erasmo, Purio, Carranza, Soto, Cano, Medina, Arias Montano, César Baronio y Ludovico Bossio; ¿no turbó vuestra plácida vision la repugnante sombra de Lutero, saliendo de las mansiones de un claustro, pisoteando sacrilego la azucena de un corazón virginal consagrado al Eterno, inyectada la vista en sangre de soberbia, llevando en la una mano la tea del libre examen, encendida en la hoguera que formó con la escritura santa, y en la otra el puñal envenenado que intentaba clavar en el corazón de la Esposa del Cordero?

Era, señores, un nuevo operario de la ciudad terrena; era el hijo de Satan, que venia á dar muerte á la religion asentada en la piedra angular de la Cátedra romana, porque segun él, habia llegado á su decrepitud envuelta en las abominaciones de Babilonia. Favoreciendo la desenfrenada lascivia de un monarca sensual y sanguinario, esclavizó á su servicio la dignidad sacerdotal de que se hallaba investido, y bajo la proteccion de su espada realizó la separacion del centro de unidad católica. Los sectarios de la nueva doctrina, despreciando los senderos filosóficos abiertos por el génio de Agustín, de Buenaventura y Tomás de Aquino, inauguraron en el siglo XVII el periodo de la discusion, haciendo retrogradar la inteligencia á la pesada atmósfera del paganismo; pues que Bacon, con su filosofía experimental, no hizo otra cosa que resucitar á Epicuro, y con él, el materialismo en Inglaterra; Descartés con su duda metódica, haciendo revivir á Platon, sembró el gérmen del excepticismo en Francia; mientras Leybniz, con su método de demostración, desenterraba á Zenon, inaugurando el racionalismo en Alemania.—Ellos colocaron en la arena literaria los sistemas de la antigua Grecia; pero el paganismo invadió leyes, costumbres, ciencias, artes, moralidad; y cuando en orgías de

sangre y de sensualidad, cual no registra la historia de ningún país salvaje, la inteligencia humana se prosternó ante la Mesalina de los campos de Marte, apareció el último síntoma de degradación social; la decepción, que distingue á las generaciones que habitan la ciudad terrena de nuestro siglo, que miran las materias volcánicas acumuladas por los tres siglos precedentes, y después de tender sus brazos exánimes buscando el porvenir grandioso con que les brindó Lutero, corren á ocultar la desnudez de su ignorancia entre las nebulosidades del idealismo absoluto ó del panteísmo de Krause, Hegel ó Fitch.

Lutero negó á Dios en la palabra infalible del Pontífice y proclamó la independencia religiosa; Voltaire negó á Dios en Jesucristo Verbo revelador, y estableció el racionalismo; Robespierre, dando un paso más, negó á Dios en los Reyes, y la demagogía brotó con todos sus horrores; Proudon se encargó de sacar la última consecuencia, y al proclamar la propiedad como un robo, rompió el dique moral que contenía las tendencias socialistas, y las aguas de todas las ambiciones, de todas las codicias inundaron la Europa, hasta el punto de que al rudo choque de sus soberbias olas, el edificio de nuestra moderna sociedad amenaza desplomarse. Tal es, en resumen, la historia de la ciudad terrena levantada por el hombre en menosprecio de Dios. Decidme si descubris en ella algún principio de grandeza moral, algún germen de bienestar y paz, algún elemento de progreso social, no; la razón abandonada á sí misma sabe demoler, pero queda luego sepultada entre los escombros acumulados por su furor vertiginoso.

¿Quién, pues, sabrá poner á salvo esos principios sociales que perecen cada día bajo la pluma de escritores asalariados, en los discursos de nuestros modernos ideólogos? Solo la Iglesia católica, ciudad divina donde todos los hombres hallan abrigo en el regazo de una misma cariñosa madre. Como ha dicho el inmortal P. Félix, para cubrir hoy á la humanidad y darle un asilo contra las tempestades que se desencadenan por todas partes, no hay sino un edificio que esté verdaderamente en pié,

un edificio bastante ancho para abrazarlo todo, bastante firme para resistirlo todo, ¡la Iglesia católica!

Fuera de su recinto no se descubren sino hombres que cavan el cimiento sobre la arena movediza de sus ilusas opiniones; y que en vez de asentar sobre un inquebrantable granito ese edificio del porvenir que tanto ensalzan, no hacen sino abrir profundos pozos que dan vértigo y espanto á sus mismos audaces fabricantes, que seguirian socavando hasta los mismos infiernos, para formar con la lava de sus volcanes los muros de la ciudad terrena, monstruoso engendro de todas las negaciones científicas, sociales y religiosas, comparable solo con la nada.

Solo en la Ciudad de Dios se halla la luz que alumbra, el resorte que eleva, la gracia que puede fortalecer á nuestras generaciones, que mueren de inanición; solo en la ciudad celeste se producen vírgenes que, como Teresa de Jesús, saben desplegar la castidad, la obediencia, la justicia, el derecho, el desinterés, el heroísmo, el sacrificio, ese cúmulo de virtudes que son el pan sustancial de los pueblos, porque en la ciudad divina el amor es el ara en que el espíritu se inmola á Dios, y Dios le engrandece y eleva con su diestra poderosa; mientras en la ciudad terrena el amor desordenado y sensual, como torrente de cenagosas aguas, arrastra y borra los sentimientos más delicados del corazón, hasta hundir al hombre en el abismo de una degradación espantosa; porque escrito está que Dios da su gracia á los humildes, y resiste y castiga el orgullo de los soberbios.

—*Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam.*

Resumamos, señores, brevemente. Desde el principio de los siglos dos amores han edificado dos ciudades, siempre en antagonismo, obedeciendo á leyes contrarias, con aspiraciones y caracteres diversos. En el siglo XVI descubre el hombre observador desplegarse en toda su rivalidad el combate entre esas dos poderosas falanjes. Teresa de Jesús y Lutero; hed ahí los jefes que acaudillan la pelea. La palabra reforma brota de los labios de ambos; la virgen candorosa quiere reformar la religión Car-

melitana; el fraile apóstata pretende reformar la Iglesia de Jesucristo. El amor de Dios, formando una deliciosa morada en el corazón de la casta doncella, la prepara y dispone para las sublimes ascensiones que realiza en la escala de la virtud; ilustra su alma con superiores luces, y de su palabra y de su pluma brotan raudales de celestial sabiduría.

La religión del Carmelo brilla como en los días de su primitivo esplendor; y la que en un momento de santo entusiasmo exclamaba: «Yo me atrevería sola á confundir á todos los luteranos; pero ya que no puedo, lo harán por mí mis hijos, que para eso los instituyo,» mira realizadas sus aspiraciones; porque de sus claustros brotan géneos eminentes en la virtud y en las letras, que pulverizan los sofismas del error y de la impiedad, empujando con generoso ardimiento la sociedad hácia Dios, término supremo del perfeccionamiento humano.

El amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, guía y conduce las soberbias aspiraciones de Lutero; la lascivia es el manto con que se cubre; la rebelión contra toda autoridad su grito de guerra; en el camino que han recorrido sus huestes solo se encuentran ruinas; los últimos adoradores de su idea sienten que el escepticismo les devora, y cuando se juzgaban Dioses, se miran hundidos en el abismo de la negación, sintiendo todo el frío glacial que arroja en el alma, y todo el peso que produce su dios-materia.—Lutero, señores, trabajó para la ciudad terrena; Teresa de Jesús consagró su vida al esplendor de la ciudad celeste. Ah! ciudad de Dios, patria de las delicias eternas, paraíso del alma, yo te bendigo y adoro; ciudad del hombre, tierra manchada con la sangre de tus hermanos, cráter de donde brotan todas las desgracias sociales, caiga sobre ti la execración de los siglos.

Permitidme, señores, vosotros amantes de la mística Doctora del Carmelo, vosotros protectores de la justicia, vosotros celosos defensores de los principios católicos, permitidme terminar con unas sentidas cuanto elocuentes frases del apologista cristiano más esclarecido del presente siglo, en el imperio de Francia.

¡Oh sociedad, sociedad brillante pero débil; rica en todo lo que resplandece, pero pobre de todo lo que hace vivir..... por más que grites como el dragon de que habla la escritura «yo mismo me he hecho y yo sabré salvarme,» nada de lo que es tuyo y exclusivamente tuyo puede librarte de la ruina.

No te queda sino un medio de salvacion; el arca destinada para sostener á flote sobre las olas á la humanidad que no quiere perecer; la Santa Iglesia Católica Romana.

Nieguen cuanto quieran nuestros modernos pensadores, pero se aproxima el diluvio; la lluvia cae y la ola sube y va subiendo continuamente; todo nos dice, como en los dias de Noé, entrad, entrad en el arca, si no quereis perecer; ó mas bien naufragos combatidos por los vientos de tantos delirios y errores, azotados por el oleaje de tantas negaciones, entremos en la barca que nunca fluctúa, porque el piloto que empuña el timon se sirve de la misma bravura de las olas para conducirla al puerto de salvacion. Salvadnos, Señor, que perecemos; repetid esa frase como los apóstoles al Cristo, que vela, aunque parece dormido, en medio de la nave de la Iglesia. Jesucristo imperará á la tormenta social; reaparecerá la calma en los imperios, y las suaves brisas de la gracia nos llevarán á la playa de la Jerusalem Santa de la gloria.—Amen.

Granada 15 de Octubre de 1872.

FRANCISCO BERMUDEZ DE BAÑAS.



